



NÚMERO 790

6 DE ABRIL DE 1914

AÑO XXXI

REGALO A LOS SEÑORES ABONADOS A LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



1 a 3.—Trajes de novedad

SUMARIO

TEXTO. — Explicación de los suplementos. — Descripción de los grabados. — Crónica de la moda. — Consejos útiles. — Pascua de Resurrección, por Grazia Deledda. — Pensamientos. — El grillo del hogar, por Carlos Dickens (*continuación*). — Crónica de Teatros. — Recetas culinarias.



4.—Almohada auxiliar

GRABADOS. — I a 3. Trajes de novedad. — 4. Almohada auxiliar. — 5. Camino de mesa. — 6. Almohadón bordado. — 7. Página de fantasías. — 8 a 11. Trajes para la hora del te de moda. — 12 a 15. Trajes estilo de sastre para las mañanas primaverales.

HOJA DE PATRONES NÚM. 790. — Varias prendas diferentes.

HOJA DE DIBUJOS NÚM. 790. — Diversos y variados dibujos.

FIGURÍN ILUMINADO. — Traje de hechura de sastre.

EXPLICACIÓN DE LOS SUPLEMENTOS

I. HOJA DE PATRONES NÚM. 790. — Abrigo para niña, blusa y pantalón para señora y traje de niño. — Véanse los grabados y explicaciones en la misma hoja.

2. HOJA DE DIBUJOS NÚM. 790. — Diversos y variados dibujos. — Véanse las explicaciones en la misma hoja.

3. FIGURÍN ILUMINADO. — Trajes de hechura de sastre.

I. Traje de paño verde oscuro, adornado de un cuello y bocamangas de tafetán listado. Falda guarnecida por delante de pliegues respunteados.

II. Traje de jerga muy fina color de arena. Chaqueta corta de delante adornada con un cuello y bocamangas de paño blanco.

III. Traje de paño gris. Falda formando túnica muy baja. Chaqueta corta con cuello y puños de muar azul.

DESCRIPCIÓN DE LOS GRABADOS

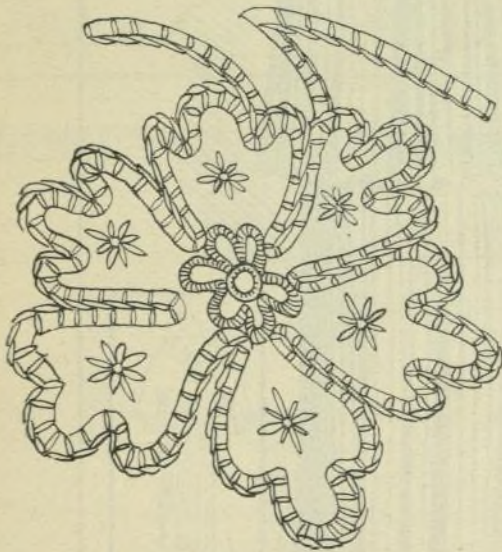
I a 3. TRAJES DE NOVEDAD.

I. Traje de tafetán azul guarnecido de terciopelo negro. La parte superior del cuerpo es de encaje orlado de tul plegado.

II. Traje de tafetán negro guarnecido de raso negro. Peto interior de encaje y cinta de raso color de cereza, pequeños volantes de tafetán guarnecen la falda.

III. Traje de tafetán plegado de color azul espliego, guarnecido de un cinturón azul, más oscuro, de raso; peto interior de encaje orlado de un volantito plegado.

4. ALMOHADA AUXILIAR montada con un dibujo llamativo y original, cuya confección resulta un agradable entretenimiento. Este bordado aunque sumamente sencillo y fácil de ejecutar es de gran relieve y lucimiento. El fondo puede ser de malla



Aplicación al camino de mesa

de seda, lana y seda, o solamente de raso de un tono claro y alegre, sobre el cual puedan destacarse los colores francos de las flores. Después de haber trasladado el dibujo sobre la tela elegida, se pone esta convenientemente, sobre un bastidor de bordar y primeramente se bordan las flores y las hojas que caen

debajo y sucesivamente las que sobresalen en el dibujo. Los tallos se harán al pasado oculto; las hojas al pasado y los puntos de tallo con sedas o algodones escalados de verde de varios tonos. Para las margaritas se emplea cinta rococó o cometa plegada en doble en cada pétalo y fruncida en forma de escarapela. No se deben cortar las cintas hasta que se termine la margarita. Sujétese la extremidad de las escarapelas por puntos apretados e invisibles ejecutados en el interior de cada una, señálase el corazón de la margarita por nuditos aproximados de seda amarilla, fórmese las hojitas más pequeñas y las flores; con ligeros fragmentos de cinta fruncidos en los extremos y sujetos por un punto lanzado. El dibujo de este ramo se halla de tamaño natural sobre la hoja de dibujos fuera de texto.

5. CAMINO DE MESA. Este camino de mesa se borda sobre tela blanca con una trencilla o un cordoncillo sujeto por un festón de puntos separados hecho con algodón grueso encarnado. El detalle del trabajo que representa una flor de tamaño natural, pertenece a esta labor. En el interior de cada flor se hacen algunos puntos de fantasía con algodón encarnado y azul. Publicamos en nuestra hoja de dibujos fuera de texto, parte de este camino de mesa de tamaño natural. Puede hacerse el dibujo en dos partes primero un lado y luego la mitad siguiente y así no se borra con facilidad. El modelo se halla sobre la hoja de bordados.

6. ALMOHADÓN BORDADO. Este lindo trabajo se ejecuta sobre gruesa seda color de rosa con bordados al pasado hechos con sedas argelinas de variados colores. Puede emplearse el pasado liso y el de punto de piel en los grandes arabescos. Los tallos están hechos con sedas verde oliva y dorada. Los grandes dibujos están orlados de un hilo de oro. Una vez el bordado terminado, se monta el almohadón con la parte inferior o sea el reverso, de felpa color de rosa antiguo. Un bonito cordón de oro oculta los puntos de unión de las costuras de la parte superior con el forro. El dibujo de tamaño natural se halla trazado en nuestra hoja de bordados fuera de texto.

7. PÁGINA DE FANTASÍAS Y FRIVOLIDADES.

I. Cuello Médicis de guipur muy fino con cinta de raso negro.

II. Cuellecito de linón y entredoses de Valenciennes con lazo de terciopelo negro.

III. Entredós de encaje de Venecia orlado de un plegado de tul.

IV. Chaleco de seda brochada, con interior de tul con cuello Médicis.

V. Pechera de linón muy fino con cuello Médicis de encaje y peto interior de tul, lazo de raso.

VI. Cuellecito de linón bordado y encajes de Valenciennes.

VII. Cuello Médicis y solapas de guipur de color crema.

VIII. Pechera y cuello Médicis de muselina.

IX. Cuello de tela bordada a la inglesa y lazo de muselina.

X. Pechera de tul, con cuello y solapas guarnecidas de encaje y tul plegado; cinta de raso verde.

XI. Cuello y delantero de tul y entredoses de guipur, orlados de un plegado de tul, lazo de raso.

XII. Cuello de muselina muy fina con cinta de raso azul.

XIII. Pechera de tul plegado y entredoses de encaje. Cinta color de violeta y botones de joyería.

XIV. Cuello de muselina con calados y cinta de seda.

XV. Solapas de tul con pliegucillos muy finos y entredoses de encaje de Venecia, cuello de tul plegado.

XVI. Cuello Médicis y solapas de muselina con calados.

XVII. Entredoses de guipur, orlados de un plegado de tul y puntas de raso verde.

8 a 11. TRAJES DE MODA PARA EL TE.

I. Traje de paño de seda verde imperio, falda drapeada y cuerpo fruncido a un canesú, adornado con un chaleco de tafetán a cuadros, cuello Médicis de tul y cinturón de raso negro.

II. Traje de tafetán azul Prusia, guarnecido de tafetán a cuadros azul marino y blanco; cinturón de raso azul marino y gran interior cruzado de tul con orla del mismo tul que rodea el escote.

III. Traje de cachemira de seda azul oscuro guarnecido de trencillas del mismo tono. Cuello de raso negro lo mismo que el cinturón y falda ligeramente drapeada.

IV. Traje de seda de fantasía, guarnecido de anchas tiras de fulard de fantasía, y cuello y cinturón con gran lazo detrás de terciopelo color de violeta oscuro; interior de tul.

12 a 15. TRAJES ESTILO DE SASTRE.

I. Traje de jerga muy fina azul marino guarnecido de tafetán a cuadros azules y blancos.

II. Traje de gabardina color de tilo con cuello y chaleco de tafetán listado de fantasía.

III. Traje de gabardina granate oscuro, guarnecido con un cuello de raso negro.

IV. Traje de tela de fantasía a cuadros; falda con túnica y chaqueta con dobles haldetas. Cuello y puños blancos.

CRÓNICA DE LA MODA

La blusa forma actualmente parte integrante del ajuar. Las mujeres más elegantes nada han encontrado mejor, como traje deportivo o de mañana, para el viaje, que la blusa-camisa, y las mujeres de costumbres sencillas la han adoptado como traje corriente porque ninguno hay como él tan práctico.

La blusa es aún el complemento del traje sastre,



5.—Camino de mesa

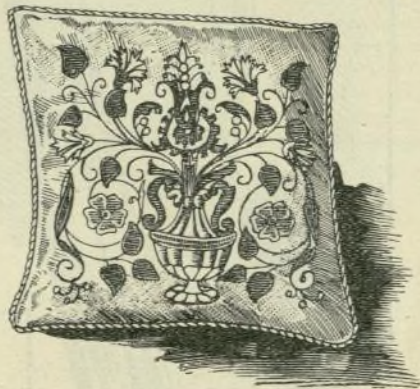
al cual aporta variedad y una cierta elegancia. Las blusas de encaje blanco serán eternamente bonitas, con sólo cambiar la forma y la composición.

Podemos asegurar que no existe estación para las blusas. El linón, el encaje, el tul y la muselina transparentes; las telas de seda, los crespones, los velos, etcétera, se llevan lo mismo en verano que en invierno: hemos visto asimismo cómo la piel se combina asaz elegantemente con los tules y con los encajes. No puede negarse que ciertos tisúes pesados son especiales para los modelos creados para llevarse en la estación fría; pero fijémonos en que los tules y encajes se adornan con terciopelo, y que las blusas de franela son propias de los deportes estivales lo mismo que de los de invierno.

Para la blusa que se lleva debajo de la chaqueta hay dos escuelas: o se hace del mismo color que el traje, o se conserva la camiseta de lencería, de encaje o de tul.

Mientras tanto, en algunas grandes casas confeccionan para la próxima estación blusas de muselina de seda, de velo, de crespón, de tul sobre todo, en los colores vivos hoy en moda: azul japonés, rojo fuerte, verde esmeralda o lechuga: destinan a acompañar los trajes sastre de tonos neutros; dándoles así una nota vibrante que los bordados multicolores acentúan más todavía.

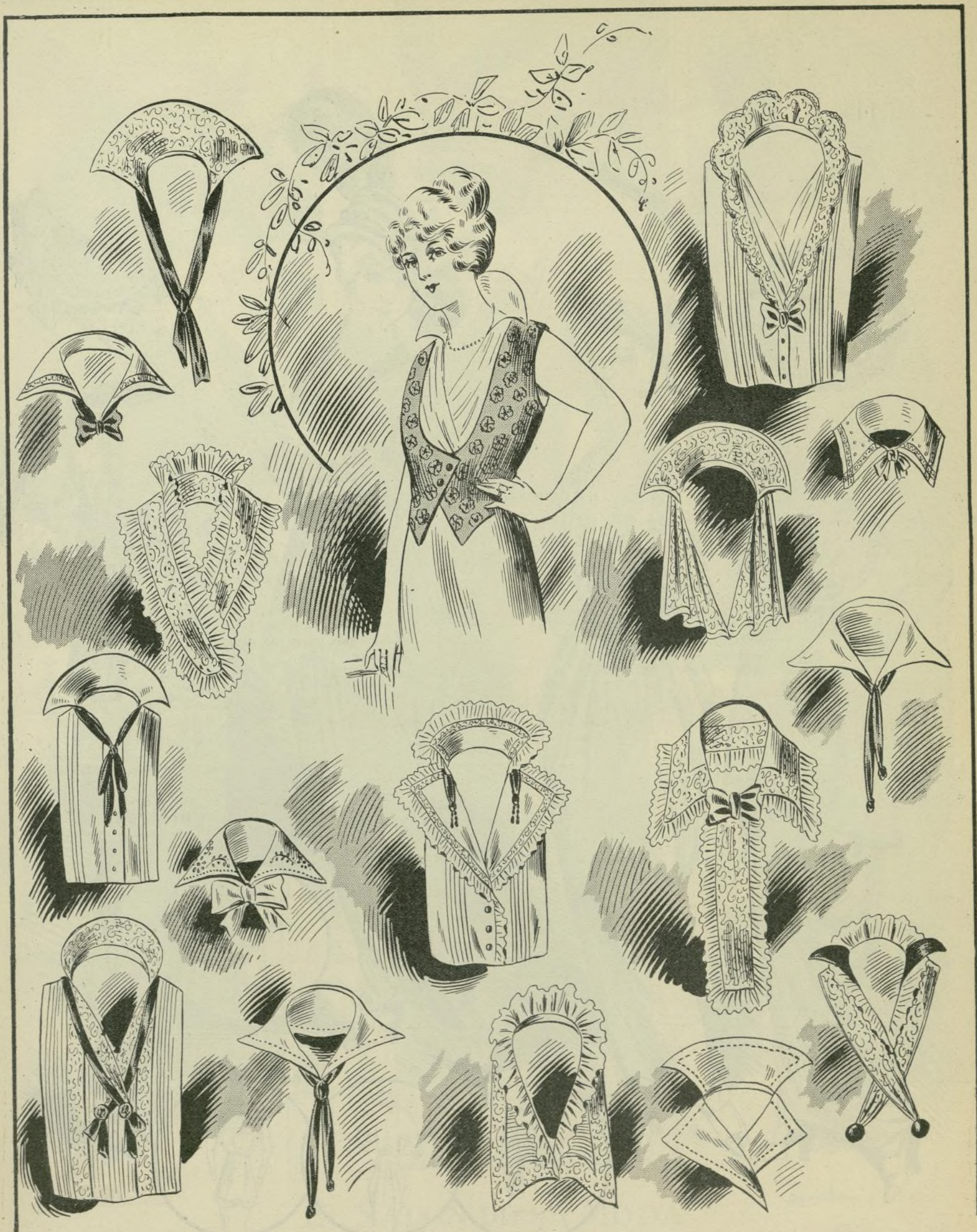
Para las mujeres cuyo talle no peca de esbelto, en que la línea no podría sufrir, por la oposición de los colores, el punto de demarcación entre la falda y el cuerpo, aconsejaremos la blusa de velo, de muselina de seda, de tul, de raso o de crespón, del color de la falda, a fin de formar un conjunto de la misma tonalidad desde el escote de la blusa hasta los pies. En



6.—Almohadón bordado

este caso, para animar y elegantizar la parte superior del cuerpo, puede recurrirse a los encajes finos y ligeros. Puede añadirse a los cuellos de tul, las chorreras, los cuellos de lencería fina, las corbatas de encaje, en fin, todos los detalles delicados y graciosos que contribuyen a herosear el más sencillo tocado.

Las blusas nada han perdido de su elegancia de



7.—Página de fantasías

antano y se conforman con el gusto del día. Las blusas de encaje tendrán su éxito de costumbre con los trajes de verano, especialmente los blancos; son las blusas indispensables y superiormente elegantes en cuantas circunstancias no pueda una vestirse completamente por múltiples razones. Para viajar, sobre todo, nada hay más cómodo.

La línea de sisa kimono persiste en muchos modelos, a pesar de las tentativas hechas para volver al corte clásico. La novedad les adiciona mangas largas, sobre todo para los modelos de invierno.

En las mangas exagérese cuanto se pueda el volante de encaje que hace que la mano parezca deliciosamente diminuta: es la última y suprema elegancia.

CONSEJOS ÚTILES

Mucho se ha hablado, y siempre en sentido condenatorio, acerca de la costumbre tan general de tener la boca entreabierta, respirando por ella en vez de respirar por la nariz. Dejando a un lado el consabido refrán «en boca cerrada no entran moscas,» nos encontramos con que lo mismo, poco más o menos,



8 A 11.-TRAJES PARA LA HORA DEL TE DE MODA



Gaston DROUET, Editeur

Reproduction Prohibida

XXIX. — N° 790

EL SALON DE LA MODA

Montaner y Simon Editores Barcelona.

CRISTOL-TOCADOR
antiseptico para el tocado intimo
de las **SEÑORAS**
Cura las afecciones uterinas
VIAL - PARIS, y todas las farmacias

*Solución Pautauberge, el
remedio más eficaz para curar enfer-
medades del pecho las toses recientes y
antiguas, las bronquitis crónicas.*



La "**CRÈME SIMON**", Es un
producto maravilloso para el
cuidado del rostro y su belleza.
— Polvo de arroz y jaboncillo
à la "**Crème Simon**".





12 A 15. - TRAJES ESTILO DE SASTRE

que este proverbio, nos dicen muchos higienistas modernos, condenando la respiración por la boca, que dicen da entrada en los pulmones a todo género de microbios y a los aires helados, origen, al parecer, de mil enfermedades.

Hay que confesar que los higienistas exageran tanto como el refrán. El aire puro y fresco no puede perjudicar a los pulmones aunque penetre directamente en ellos, y la prueba es que muchos aficionados a deportes violentos, en el ardor del juego corren o saltan con la boca abierta inconscientemente y no por eso están enfermos. El respirar por la boca no es bueno, sin duda alguna, pero no por que traiga malas consecuencias, sino por que es síntoma de grandes trastornos en el aparato respiratorio. Un eminente cirujano danés, Guillermo Meyer, muerto hace pocos meses, estudiando algunos casos de respiración por la boca, descubrió que en todos ellos el sujeto presentaba en el cielo de la garganta unas excrescencias espinosas que cerraban por completo las aberturas posteriores de la nariz. Las tales excrescencias constituían un tejido semejante al de una glándula linfática, y de aquí que se les haya llamado «adenoides» (semejantes a una glándula), conociéndose también, como «excrescencias postnasales». Hoy se sabe que ésta es la única causa, no sólo de la costumbre de respirar por la boca, sino también, de las enfermedades a esta costumbre atribuidas. No hay nadie, en efecto, que respire por la boca si tiene facilidad de hacerlo por la nariz.

La causa que origina la presencia de las adenoides, es cualquier inflamación catarral, catarro a la cabeza o inflamación de la garganta ocurrido en la infancia y no bien cuidado. Es preciso, por consiguiente, tener mucha precaución con estas afecciones en los niños, sobre todo antes de los siete años.

Las adenoides no sólo obligan a llevar la boca abierta, sino lo que es mucho peor, perturban la respiración y la digestión e impiden el libre funcionamiento del olfato, el gusto y el oído. Cerca de las aberturas posteriores de las narices se abren también las trompas de Eustaquio, que comunican con la cavidad del oído, y si las adenoides son muy grandes, pueden tapar estos conductos provocando la sordera parcial o total y ocasionando frecuentes dolores de oídos. Por otra parte, entre el olfato y el gusto hay una relación íntima, como lo demuestra el hecho de sabernos mal muchas comidas cuando estamos congestionados y tenemos las narices obstruidas. Al hacerse esta obstrucción permanente por las adenoides, el olfato y el gusto se atrofian, y por si todo esto no fuese bastante, el empleo de la boca en un acto fisiológico a que no estaba destinada, deforma su estructura, haciendo que el paladar presente mayor concavidad que la normal y que los dientes monten unos sobre otros y crezcan en mala posición, por no existir el encaje necesario entre los de arriba y los de abajo.

Lo más triste es que, como consecuencia de las malas digestiones y de la respiración defectuosa causadas por las adenoides, sobreviene en los que las padecen el raquitismo y los defectos de desarrollo.

Por fortuna, cualquier cirujano experto puede suprimir estas fatales excrescencias.

Llamamos la atención de nuestras lectoras sobre el anuncio de la página octava BORDADOS SUIZOS.

PASCUA DE RESURRECCIÓN

CUADRO SARDO

Al amanecer del sábado santo, saltó Apolonia Fara de la cama. La débil claridad matutina iluminó con reflejos verdosos el vidrio de la ventanita de la cámara. Pero a través del cristal defectuoso se apercibió un paisaje tan exuberante, fresco y tierno, con sus matices primaverales, que hubiera hecho las delicias de un Poussin. Una ligera pendiente, por la que serpenteaba un riachuelo de agua cristalina, algunos grupos de árboles con hojas de matices suaves, y luego verdes praderas por doquier, praderas con hierba tierna, que en el espectador despertaba una sensación de pureza e inocencia.

Mientras se ponía su traje de color rojo y amarillo, Apolonia examinó el cielo a través del vidrio, se alejó luego para inspeccionar una cesta, tejida de asfódelos, en la que la noche anterior había depositado una masa pastada con levadura, imprimiéndola, con el dedo, la señal de la cruz. La masa empezó ya a subir un poco y la joven cargó la cesta sobre sus robustos brazos blancos y la llevó a la cocina. Allí trabajó la masa, calentó el horno y preparó el café.

A medida que iba haciéndose de día, Apolonia triste y temblorosa, pensó: A las ocho vendrá, tal vez a las nueve, o más tarde aún; tal vez mañana. ¡Oh, Dios mío, dulce Jesús!.. No, ya no pensaré en ello; ¡que venga cuando quiera!

Pero involuntariamente volvió a engolfarse en sus pensamientos. El, cuya llegada esperaba y temía, era

el joven vicario, que había de visitar las casas de la aldea, para dar la bendición de Pascua. Años atrás, cuando ambos eran casi niños, fueron prometidos; él luego fué a servir al rey y ella casó con el rico pastor. Pidió entonces el joven que le mandasen a la guerra y una bala le dejó tan mal parado que se temió por su vida; sin embargo se salvó y abrazó el estado eclesiástico. Hacía poco que le habían enviado como vicario a su pueblo natal. Apolonia, a pesar de su indiferencia habitual, sintió esta mañana cierto malestar al pensar que él había de entrar en su casa para bendecir su pan y su lecho, y al abrir la ventanilla para ver pasar la procesión quedó visiblemente turbada al distinguir la pálida faz del vicario. Sin embargo, permaneció en su puesto, contemplando el cortejo. Encabezaba éste la estatua de la Madona, vestida de luto, con las siete espadas en el corazón, buscando a su hijo atormentado y muerto; detrás de ella ondeaba una bandera de damasco verde, a la que seguían los músicos y las mujeres vistiendo trajes negros. Cuando la procesión hubo desaparecido, doblando la esquina, Apolonia volvió a dedicarse al horno y a la masa, de la que confeccionó un excelente pan de Pascua, así como los pequeños bollos de pasta y queso fresco, teñido con azafrán, llamados *casadinas*, y otros, representando niños en mantillas, momias, pájaros, cuyas cabezas las constituían huevos duros.

Profundo silencio rodeaba la casita solitaria en la soleada campiña; las campanas habían enmudecido en conmemoración de la muerte del Señor y todo parecía participar de este silencio, como en espera de algún hecho misterioso. Los mismos pájaros que de vez en cuando enviaban a los aires un brillante trino, cesaron de repente, como sobrecogidos por el profundo silencio.

Pasaron las horas sin que compareciese el vicario. Hacía las diez el aire se conmovió con vibraciones intensas. Apolonia levantó la cabeza para escuchar. En efecto, eran las campanas que volvían a tocar y el primer toque fué acompañado de un disparo, al que siguieron dos, tres, diez, cien. El chisporroteo de las escopetas y las exclamaciones de júbilo encontraron eco en la falda de la montaña. Coros de niños atravesaron las calles, cantando: Bibu er Deu —Pro su dispettu e lu Judeu...

Lágrimas de gozo místico empañaron los ojos de Apolonia.

Entre tanto había sacado del horno sus pastas. Por la tarde recibió los regalos de sus amigos y deudos, pan, pastas y carne, y les entregó los suyos. Encontraba especial gusto en comparar cada nueva dádiva con lo pasado por ella, y en hacer constar, con íntima satisfacción, que lo suyo era más blanco y sabroso. Al anochecer volvió su marido de la montaña. Iba montado en su robusto caballo blanco; traía dos corderos uno blanco y otro negro, para la comida de Pascua y el zurrón lleno de quesos y manteca. Era rico el marido de Apolonia, aunque, como todos los hombres ricos que se desposan con doncellas pobres, ya algo entrado en edad y, con su tez amarilla y su pelo crespo, de físico poco atractivo.

El sábado por la noche se empezó a celebrar Pascua en casa de Apolonia. El rumboso pastor invitó a sus parientes, amigos y vecinos para que celebrasen con él la Resurrección del Señor. Comieron y bebieron vino, vermut y aguardiente y se solazaron cantando villancicos y otras rimas improvisadas.

También a la mañana siguiente, se levantó Apolonia con el alba para preparar la comida de Pascua. A medida que el sol salía detrás del monte, creció la turbación de la joven al pensar en la inmediata visita del vicario. Hoy si que había de venir. Revestido con las vestiduras sacerdotales acompañado de un monaguillo, portador del cubo lleno de agua bendita y de un hombre que sobre los hombros llevaba el zurrón, que las mujeres habían de llenar de pan, pastas, frutas secas, en tanto que en el cubo depositaban los huevos y las monedas.

Por fin, hacia las nueve, se presentó la comitiva delante de la casa de Apolonia. El hombre con el saco iba ya encorvado bajo el peso de las dádivas recibidas, y el cubo del monaguillo estaba tan lleno de huevos y monedas que no parecía sino que hubiera sacado agua de una fuente milagrosa.

Sin pedir permiso traspasó el sacerdote el umbral,

y por primera vez desde que Apolonia se había casado, los dos jóvenes se encontraron frente el uno al otro. La mujer palideció. ¿Bendeciría esta casa o lanzaría una maldición sobre la que le había llevado al borde del sepulcro? Con terror se acordó, como todas las mujeres sardas, que el sacerdote, en virtud de los libros sagrados, tenía poder para maldecirla y excluirla de la comunidad de los fieles. Temblando levantó los ojos, pero al ver el rostro sereno, resplandeciente del sacerdote, y el ademán tranquilo con que cogió el hisopo para aspergiar con agua bendita la casa en todas direcciones, comprendió que en este corazón sólo anidaban el perdón y la caridad.

Abrió entonces resueltamente la puerta de la despensa, y él bendijo el pan, el trigo y las provisiones. Apolonia, en cambio, depositó en el saco dos grandes panes, cinco roscas e higos secos. Abrió luego con ademán tímido la puerta de su dormitorio, que se hallaba inundado de los dorados rayos de sol. Pálida y emocionada miró al sacerdote, éste, sin titubear, levantó su mano benévola, bendiciendo la cámara matrimonial e invocando la bendición del cielo para sus moradores.

Al echar Apolonia su ofrenda en el cubo, mezclóse una lágrima con el agua bendita, formando un pequeño círculo dentro del grande que había formado la moneda.

GRAZIA DELEDDA.

PENSAMIENTOS

Lo que con mejor voluntad vimos, fácilmente creemos.
QUINTILIANO

El estúpido es un necio que calla, y bajo este concepto es más soportable que el necio que habla.

SÉNECA

La bajeza es una medalla cuyo reverso es la insolencia.
LA BRUYÈRE

La nobleza no se adquiere naciendo, sino viviendo.
PETRARCA

La libertad del pensamiento es el primer derecho del hombre, y la difusión omnívota de la enseñanza la primera necesidad del pueblo.

VÍCTOR HUGO

No hay simple que no sea malicioso.
B. GRACIÁN

EL GRILLO DEL HOGAR

NOVELA DE CARLOS DICKENS

(Continuación)

Boxer se multiplicaba de una manera increíble. Corría de aquí allá, yendo a caza de los pichones, de los gatos, y entrando en todas las posadas con la seriedad de un viejo experimentado.

—Mira, he aquí a Boxer, se decía al verle entrar, vamos a saludar a Juan Peerybingle y a su linda mujer.

Y después Juan tenía que distribuir innumerables paquetes en el camino, y por consiguiente era preciso detenerse muchas veces, lo que producía naturalmente conversaciones más o menos dilatadas, más o menos interesantes.

Sin embargo, Dot se había apresurado a llegar, porque la atmósfera estaba fría y nebulosa: por lo tanto reprendía vivamente a su marido con motivo de su habladería, lo que no la impedía tomar en las conversaciones una parte principal.

Por último, estaban próximos a llegar. Véase ya la casilla de Caleb, donde hacía diez minutos había precedido Boxer a la familia; por lo que al bajar del carro encontraron a la ciegucecita y a su padre que los esperaban en el dintel de la puerta.

Boxer lamió las manos de Berta, a quien trataba con un afecto particular y lleno de delicadeza, lo que hacía suponer que comprendía instintivamente la dolencia de la joven.

Nunca trataba de provocar su atención mirándola, como tenía costumbre de hacerlo con las demás personas; jamás tampoco se aproximaba a ella con su brusquedad común.

May Fielding y su madre habían llegado hacía una hora.

La señora Fielding era una mujer delgada y habladora, que presumía todavía, y no se ocultaba de ello en manera alguna.

A su lado hallábase sentado Gruff-et-Takleton, que hacía el amable.

—¡May, mi buena amiga!, exclamó Dot dirigiéndose hacia ella.

—¡Cuán feliz soy al veros!

May participaba del júbilo de su antigua compañera de colegio, a quien abrazó tiernamente. Ambas, manteniéndose abrazadas, formaban un grupo delicioso, digno de verse. Tackleton era decididamente hombre de gusto, porque su futura era linda.

Tackleton había llevado una pierna de carnero, y, cosa sorprendente, había unido una torta de dulce; pero no se contrae matrimonio todos los días, y Tackleton había creído que debía mostrarse pródigo a los ojos de la mujer con quien iba a enlazarse.

Después de los saludos de costumbre, cada uno se puso a la mesa. Tackleton condujo a su suegro al sitio honorífico.

Caleb se sentó al lado de su hija. Dot y su compañera de colegio se colocaron juntas, y el bondadoso carrujero fué a colocarse a la extremidad de la mesa.

Los muñecos, los polichinelas y las muñecas manifestaban contemplar todos estos preparativos con vivo interés, y formaban una galería que difundía el placer alrededor de los convidados. Si conservaban el menor resentimiento contra Tackleton, y verdaderamente tenían derecho para ello, la ocasión era excelente para reír a expensas suyas, porque procuraba en vano apropiarse un carácter amable y placentero, pues sólo conseguía remedar las sonrisas más grotescas.

—¡Ah, May!, dijo la señora Peerybingle, ¡cuántas variaciones! Pero hablemos de nuestras locuras antiguas: esto nos rejuvenecerá.

—A oiros, diríase en verdad que no sois joven, dijo Tackleton: ¿qué edad tenéis, pues?

—Preguntad su edad a mi marido, respondió la señora Peerybingle. Tiene veinte años más que yo. ¿No es verdad, Juan?

—Cuarenta, dijo Juan.

—Ignoro ciertamente, dijo la señora Peerybingle a Tackleton sonriéndose maliciosamente, cuántos años tendréis más que May; imagino, sin embargo, que a su aniversario próximo de nacimiento tendrá, según esta cuenta, la centena.

—¡Ah!, ¡ah!, hizo Tackleton esforzándose por reír y mirando a Dot cual si hubiese querido estrangularla.

—¡Ah, querida!, continuó Dot, ¿te acuerdas en qué lenguaje hablábamos en el colegio de nuestros maridos futuros? ¡Cuán hermosos, jóvenes y amables deberían ser! Y en verdad, no sé si debo reír o llorar al pensar en todas esas locuras.

May no participaba de esta incertidumbre, porque se ruborizó de repente y sus ojos se anegaron de lágrimas.

—Por último, dijo Tackleton, no podéis resistirnos: ¿lo veis? ¿Dónde se hallan, pues, ahora todos esos hermosos futuros de vuestras fantasías?

—Unos no existen ya, dijo Dot; otros están olvidados.

—La mayor parte de entre ellos, si pudieran vernos en este momento, negarían reconocer en nosotros las jóvenes de otras épocas: estoy plenamente convencida de ello.

—¿Y eso por qué, mujer?, exclamó el carrujero.

Dot había hablado con tanta animación, que necesitaba respirar; pero su marido no insistió, porque había tratado de intervenir, con el único fin de hacer causa común con el anciano Tackleton, cuya defensa creía era deber suyo tomar por caridad. Por lo demás, su buena voluntad fué inútil, porque su mujer nada decía.

May enmudeció también, y parecía no tomar parte alguna en lo que pasaba en derredor suyo. Su madre rompió aquel silencio embarazoso, discuriendo durante un cuarto de hora acerca de las imaginacio-

nes locas de las jóvenes, y las ilusiones peligrosas en que se mecen antes de entrar en el mundo. Después, por medio de una asociación feliz de ideas, confesó sus pasados errores, cuidando de referir que había concluido de reconocerlos casándose con el señor Fielding.

Esta confesión afectuosa la condujo naturalmente a hablar de las virtudes de su difunto marido a quien, entre paréntesis, había detestado siempre con el alma, y de las excelentes cualidades de M. Tackleton, a quien consideraba, decía, como el hombre más a propósito para labrar la felicidad de su hija May.

Por último, concluyó diciendo que su experiencia le había demostrado que las personas más felices eran indudablemente aquellas que se casaban contra sus primeras inclinaciones: habiendo terminado este discurso moral con grande satisfacción de la sociedad, propuso Juan Peerybingle bebieran a la salud de la señora Fielding y los futuros esposos. Juan, después de haber vaciado dos veces su vaso, se levantó para partir.

Debéis saber, en efecto, que tenía que recorrer cuatro o cinco millas antes de volver por Dot y conducirla a su casa.

Además de los desposados había aún allí dos personas que permanecieron muy indiferentes a las tostadas que Juan llevó. Una de ellas era Dot, que pensaba en cosas muy diversas. Otra era Berta, que se levantó de la mesa con una premura inexplicable.

—Hasta luego, dijo Juan Peerybingle, poniéndose su ancho sobretodo. Regresaré muy pronto. Hasta luego. ¿Y mi pipa, Dot? ¿Dónde está mi pipa?

—Lo había olvidado, Juan.

—Olvidado mi pipa, replicó Juan. Ocurre alguna cosa extraordinaria... ¡Ella olvidar mi pipa!

—Esperad un segundo, Juan, voy a disponérsela.

Pero Dot se hallaba, no sé por qué, aquel día con una torpeza inaudita; su mano temblaba, y con todo el trabajo del mundo pudo llegar a desempeñar aquella tarea familiar en la que todos los días adquiría aplausos de su marido.

Durante este tiempo, Tackleton la miraba maliciosamente con su ojo medio abierto, y este espionaje turbaba a Dot más que expresión alguna. Indudablemente se verificaba en ella alguna cosa extraordinaria.

—Tenéis hoy una torpeza no común, dijo Juan a su mujer, y hubiera hecho muy bien en dispensaros ese trabajo.

Después de haber proferido esta especie de galantería, Juan salió del aposento, y muy pronto se oyeron los ladridos del perro y el ruido producido por las ruedas del carro que se alejaba con una velocidad inusitada.

—Berta, dijo dulcemente Caleb, que hasta entonces no había cesado de observar la fisonomía de su hija, Berta, ¿qué ha sucedido pues? ¿Qué ha producido esa variación en ti desde esta mañana, ¡amor mío! ¿Estás triste! ¿Qué tienes?

—¡Oh, padre mío!, ¡padre mío!, exclamó la joven anegada en llanto. ¡Oh, cuán desgraciada soy! ¡Cuán desgraciada soy al hallarme ciega!

—¡Berta mía! dijo Caleb con extremada emoción. ¡Pero, hasta ahora te hallabas siempre tan alegre, tan feliz! ¿Olvidas que todo el mundo te profesa afecto?

—Eso me desgarra el corazón, querido padre, siempre tan amable y afectuoso para conmigo!

Caleb no comprendía.

—Estar... estar... ciega, Berta, querida mía, dijo balbuceando... es ciertamente una grande aflicción; pero...

—Nunca, exclamó la joven, nunca había comprendido la extensión de mi desgracia; jamás. A las veces ansío veros, verle, un sólo instante, querido padre, un solo minuto, para conocer un tesoro, añadió poniendo sus manos en su corazón, y no perderle jamás. Yo, era muy niña entonces; he llorado por la noche, rogando, cuando me ocupaba la idea de que vuestras imágenes, elevándose de mi imaginación hacia el cielo, podían no ser vuestras imágenes reales. Pero nunca estas ideas ocupaban mi imaginación; desaparecían, y conseguía mi felicidad.

—Y la conseguirás aún, dijo Caleb.

—¡Padre mío! ¡Oh bondadoso y tierno padre mío, perdonadme si pienso mal!, dijo la joven. ¡No es esto lo que constituye mi desgracia!

Abundantes lágrimas surcaban las mejillas del pobre padre; pero nada comprendía.

—Conducidme al lado de ella, dijo Berta. No tengo valor para conservar mi secreto. ¡Padre, conducidme a su lado! Después, conociendo que vacilaba, exclamó: ¡May! ¡May!

A este llamamiento acudió May presurosa; la ciegucecita estrechó las manos de aquélla entre las suyas.

—¡Miradme bien, frente a frente, alma querida! dijo Berta. Leed en mi rostro con vuestros ojos encantadores, y decidme si la verdad está inscrita en él.

—¡Sí, querida Berta!

El rostro de Berta estaba inundado de lágrimas.

—No existe en mi alma, dijo, un solo deseo, una sola idea que no pida vuestra felicidad, hermosa May. No existe en mí una idea de reconocimiento que no se haya borrado por el recuerdo de las tiernas atenciones que habéis prodigado a la pobre ciegucecita desde nuestra infancia. Bendita seáis, May, feliz y bendita, cuando en este día, mi querida May, (la estrechó tiernamente contra su pecho), aun cuando en este día mi corazón casi se haya desgarrado al saber que ibais a ser su mujer. ¡Padre!, ¡May!, ¡Dot! perdonadme este amor como recuerdo de todo lo que ha hecho por dulcificar mi triste existencia; perdonadme, porque pongo al cielo por testigo, que experimento todavía un placer al verle casarse con una mujer digna de él.

Había abandonado las manos de May, cuyos vestidos tocaba en una actitud suplicante. Cuando concluyó de hablar, dejóse caer a los pies de su amiga y ocultó su cabeza en los pliegues de su vestido.

(Continuará)



Bordados Lucerna

directamente de Suiza,
franco de porte y de derechos de
entrada, a domicilio.

TRAJES	BLUSAS
desde	desde
Ptas. 13.80	Ptas. 4.75

TRAJES PARA NIÑAS
desde Ptas. 6.90

En el mejor bordado suizo,
sobre batista, vuela, crespón, tela
y sobre sedas novedad.

Pídanse nuestra colección 78
de figurines nuevos con muestras
del bordado.

Nuestros bordados son sin con-
feccionar, pero enviamos a quien
los solicite, patrones cortados en
todas las medidas.

Schweizer & Co. Lucerna Suiza

RECETAS CULINARIAS

Helado de vainilla

Deslíanse ocho yemas de huevo en un cuartillo de leche; añádase media libra de azúcar y vainilla en bastante cantidad. Póngase al fuego sin dejar de menearlo hasta que se espese, teniendo cuidado de que no hierva. Cuando la crema está bien espesa se echa en una garrafa rodeada de hielo partido y sal gorda, dándole vueltas hasta que la crema se ponga completamente dura y helada.

Pato relleno

Se deshuesa todo él, cuidando de no destrozarle el cuero, se le cortan varios trozos de carne, todos los que se puedan, los cuales se pican y trituran con otro tanto de lomo de ternera. A esta masa se añade una porción de manteca en mayor cantidad que la carne, picándose después setas, cebollas y perejil, con dos yemas de huevos crudos. Se añade un poco de nata, se sazona convenientemente todo, rellenándose el pato que luego ha de ser cocido a fuego vivo, y sirviéndose con un aderezo de castañas.

CREMA SAFFO

La mejor CREMA conocida para el cutis

Quita arrugas, cura granos, hermosea y suaviza la piel, comunicándole blancura y diafanidad.

HIGIÉNICA, ANTISÉPTICA Y FINAMENTE PERFUMADA

USANLA LAS SEÑORAS ELEGANTES

VENTA: Perfumerías, Droguerías y Farmacias

INVENTORES: Cortés Hermanos.—Barcelona



ANEMIA
DEBILIDAD NEURASTENIA TISIS
Todos los Medicos proclaman que
el VINO y el JARABE **DESCHIENS** (PARIS)
a la Hemoglobina
CURAN SIEMPRE

FÁBULAS DE LA-FONTAINE

Nueva traducción debida á D. Teodoro Llorente, ilustrada con notables dibujos intercalados en el texto y láminas tiradas aparte, originales de Gustavo Doré. — Esta notable edición en un tomo casi folio, ricamente encuadernado con tapas alegóricas, se vende al precio de 35 pesetas en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

NUEVA REIMPRESION

FABULAS DE ESOP

traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AULO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. — Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. — Su precio: 18 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

BORDADOS SUIZOS

PARA ROPA BLANCA Y EQUIPOS

Pídanse muestras, que enviaré gratis, a estas señas:

JOS. KALTENBACHER

Fábrica de bordados

Ragaz CANTÓN DE SAN GALLO (SUIZA)

Enviaré todos los pedidos cuyo importe sea superior a 25 francos, libres de gastos de aduana y portes, a domicilio.

HERMOSOS DIBUJOS
ESTOFAS GARANTIZADAS Y SÓLIDAS

DENTIFRICOS HIGEA

ELIXIR
POLVOS
CREMA



Si con honra me empeñé
con honra me desempeño,
busca quien te quiera más,
que yo buscaré otro dueño.

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

PARA ELLAS

por D.ª ADELA SÁNCHEZ CANTOS DE ESCOBAR
Colección de novelitas y cuentos dedicada a las señoras.

Un tomo lujosamente encuadernado a 5 pesetas para los subscriptores a LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

LA ATMÓSFERA

GRANDES FENÓMENOS DE LA NATURALEZA
Obra escrita por CAMILO FLAMMARIÓN

Dos tomos ricamente encuadernados a 5 pesetas uno para los subscriptores a LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII, POR D. MODESTO LAFUENTE, CONTINUADA HASTA NUESTROS DÍAS
POR D. JUAN VALERA, CON LA COLABORACIÓN DE D. ANDRÉS BORRERO Y D. ANTONIO PIRALA

Notable edición ilustrada con más de 6.000 grabados intercalados en el texto, comprendiendo la rica y variada colección numismática española. — Seis magníficos tomos en folio, ricamente encuadernados con tapas alegóricas. — Su precio 310 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Se ha impreso asimismo una edición económica de este libro, distribuida en 25 tomos lujosamente encuadernados, á 5 pesetas uno.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES. — BARCELONA

PATE ÉPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplearse el PILLORE DUSSE, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN